

# LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

AÑO VII

BARCELONA, 4 DE JUNIO DE 1896

NÚM. 289

15 CÉNTIMOS

FANTASIAS FEMENINAS



Indecisión.

## HABRÁ APUESTAS MUTUAS

Estamos mejor que queremos.

Sabido es que aquí y en Valladolid y en todas partes, más ó menos abiertamente se juega al monte, á la cartela, al siete y medio, á la ruleta y á todos los demás juegos inventados y dirigidos por la gente lista y poco escrupulosa para quedarse con el dinero de los tontos.

Hay mucho necio aficionado á *ser caballo* y á quien un *as en puerta* deja por puertas ó á quien un *pego* lleva á pegarse un tiro y á que le vuelvan á su casa en una espuerta.

No faltan imbéciles que en vez de dedicarse á inventar la cuadratura del círculo ó el movimiento continuo, consagran su tiempo en idear nuevas y muy bonitas combinaciones, todas infalibles, para hacer saltar la banca de la ruleta, poniendo tanto á *cuadro* y tanto á *columna* y tanto á *encarnado*, *impar* y *pasa*, con lo que lo único que pasa es el dinero de los inventores al bolsillo del banquero.

También hay menos que cuentan *in mente* las cartas que han salido y la clase de ellas y diciendo para sí:

—¡Ahora viene forzosamente *una media!*

Piden teniendo siete y, en efecto, les dan otro *idem*, y en vez de siete y medio hacen quince menos cuatro cuartillos...

Todo esto es doloroso y lo es también que no sea siempre y en todas partes rigurosamente perseguido; pero al fin y al cabo, como aun habiendo tolerancia en quienes no debería tenerla, ésta ha de ser extraoficial, digámoslo así; por ello y por otras muchas circunstancias que sería largo enumerar, no se generaliza el vicio, queda circunscrito á cierta clase de personas, salvo deshonrosas excepciones, y el sólo hecho de que, quienes á él se consagran tengan que ocultarse, retraer á no pocos y cohibe á los demás.

Esto no satisfacía sin duda á los aficionados al dinero ajeno y pensaron en inventar algo que les permitiera explotar á las personas decentes, ó al menos á aquellas que, deseando parecer tales, no se atreven á arriesgar su reputación penetrando en una casa de juego.

Y alguien de fértil ingenio inventó las diversiones con apuestas mutuas.

¡Valientes diversiones!

Pasar cuatro horas á la intemperie, para ver cuatro ó seis minutos como pasan con la rapidez del relámpago dos ó tres ó más caballos y oír que suena una campana y que se proclama vencedor á este ó al otro animal perteneciente á una cuadra en la que merecen estar la mayoría de los espectadores.

Perder otro tanto tiempo en presenciar que cuatro prójimos sudan la gota gorda dando de pelotazos á una pared y se mudan de alparga-

tas ó reciben algún golpe que les hace guardar cama quince días.

Emplear una tarde en ver correr horas y horas sobre otra pista á unos cuantos ciclistas.

Presenciar en una mala barraca como media docena de tiradores disparan contra un blanco.

Y últimamente, porque este parece ser el último figurín, *recrearse* en la lucha de unas infelices aves, ver como dos gallos se destrozan mutuamente; como luego, se hacen pedazos otros dos, con sus espolones naturales previamente afilados ó provistos de *cuchillas de acero* (!).

De todas estas tituladas diversiones, las que no son tontas hasta la estupidez, son sencillamente repugnantes.

Todas ellas sucumbirían sin el famoso aviso: *Habrán apuestas mutuas.*

Y este aviso quiere decir, ni más ni menos: «¡Oh, primos de todas clases y tamaños, que por un resto de vergüenza os abstenéis de entrar en una timba! No os dejéis robar en otra parte: venid aquí. Nadie os dirá nada; el pretexto del espectáculo os permite acudir alta la frente y la mutualidad de las apuestas, en combinación con los jockeys vendidos, con los ciclistas combinados, con los tiradores previamente puestos de acuerdo, con los pelotaris tonguistas y hasta con los gallos *sofisticados* que parecen y no son, y sobre todo, con el tanto por ciento de administración y de impuesto, os permitirá satisfacer el vicio... y quedaros sin dinero, ni más ni menos que os hubiera sucedido en una chirlata.»

Los primos acuden al llamamiento; las tales diversiones se ven concurridísimas, el vicio cunde, los peligros del juego aumentan con la hipócrita capa que los encubre y con no ser imposible impedir que se compre un número pequeño de papeletas por cada individuo... y los que tienen el deber de velar por la moralidad pública se limitan á hacer colocar en los billares un letrero que dice: «No se permite travesar.»

¿Acaso son dóciles y sosegadas las otras apuestas?

Lo peor es que la manía ó el vicio se extiende y que de seguir así, no será extraño que hasta los jefes de los presidios se crean en el caso de ser tolerantes, y cuando los reclusos se entreguen al famoso juego *del piojo*, les permitan poner el consabido letrerito estableciendo las apuestas mutuas... y acaso, acaso arriesguen algún durillo ó comientan que los capataces apuesten por este ó el otro de los jugadores.

BLAS QUITO.



## EL CAFÉ

A mi amigo don Enrique Saavedra, Marqués de Auñón.

## I

¡Café! — Tal es la cuestión:  
 ¿Hizo Cabanis tan mal,  
 Al decir que es la razón  
 Fruto de una digestión  
 De la masa cerebral?  
 Sin ir más lejos, Marqués,  
 Que el rico café que ves,  
 O es cosa que piensa, ó es  
 Materia que hace pensar?  
 ¡Gloria á ese vital licor,  
 Espiritu material;  
 O si os parece mejor,  
 Materia espiritual;  
 Incomprensible hacedor  
 De una dicha artificial;  
 Secreto elaborador  
 De un frenesi racional!  
 ¡Yo no extrañaré, pardiez,  
 Que su semilla al probar  
 Las aves alguna vez,  
 En deliciosa embriaguez,  
 Hablen en vez de cantar!

¡Otra taza, y otra! — A fe  
 Que asegura con razón,  
 No sé quién ni sé por qué,  
 Ni recuerdo en qué centón,  
 Que en cada grano el café  
 Lleva un sabio en embrión...  
 Yo quiero ser sabio... ¿ois?  
 Dadme sabiamente, pues,  
 Una taza, y dos, y tres...  
 ¡Marqués! ¡querido Marqués!  
 ¿Tendrá razón Cabanis?

## II

¡Café! y ¡más café! — Ven tú  
 A dar á mi sangre ardor,  
 Del sueño infalible bú;  
 Maná que oxida el dolor;  
 Bálsamo á cuya virtud  
 Mi prematura vejez  
 Siempre recobra otra vez  
 La alegría y la salud!

Admiraos y escuchad:  
 Por descubrir del café  
 Tan sólo la propiedad,  
 Sin duda tan sabio fué  
 El diablo en la antigüedad,  
 ¿Decís que no? — Pues yo sé  
 De un sapientísimo autor,  
 Que dice y prueba que fué  
 De Numa el legislador  
 La ninfa Egeria, el café;  
 Y añade poco después,  
 Qué fué este noble licor  
 De Sócrates, sabio autor,  
 El genio, diablo ó lo que es,  
 De modo, caro Marqués,  
 Que con este talismán,  
 Han vuelto el mundo al revés  
 Del uno al otro confín,  
 Sócrates, Numa y Satán,  
 Y cuantos brujos, en fin,  
 Han sido, son y serán.

Esto es lo cierto. Y si no,  
 ¿Quién como el café marcó,  
 De la fortuna el vaivén,  
 Y á Napoleón arrastró  
 Hoy al mal, mañana al bien?  
 ¿Que quién tal cosa creyó?  
 Todos, y á más creo yo  
 Que ya feliz, ya infeliz,  
 Acaso una gota más  
 Le dió el triunfo de Austerlitz,  
 Y una de menos quizás  
 Le hizo huir de Waterló.  
 Y aun pienso otra cosa, y es  
 Que obedeciendo, Marqués,  
 Á la rara propiedad  
 De un café de calidad,  
 Gaje de algún holandés  
 Corriendo en la inmensidad  
 Benito Espinosa, en pos  
 De una infinita verdad,  
 Lanzó esta inmensa impiedad:  
 «Dios es todo, y todo es Dios.»  
 ¿Tengo ó no tengo razón?  
 Pues antes de concluir,  
 Todavía vais á oír  
 La más extraña opinión  
 Que muchas veces á herir  
 Viene mi imaginación;  
 Y es que llego á presumir  
 ¿Si será el café ese ser  
 Que en una edad y otra edad  
 Siempre aspira á comprender  
 La misera humanidad?  
 ¿No es cierto, padre Voltaire?  
 Marqués de Auñón, ¿no es verdad?

## III

¡Café! ¡café! ¡y más café!  
 Ahítadme de este elixir,  
 Pasto de almas, sin el cual  
 Fuera el humano existir  
 Casi un sueño vegetal;  
 Pues en eléctrico ardor,  
 En el ser más baladi  
 Hace del afecto amor,  
 Y del amar frenesi...  
 ¡Ah! que caiga sobre ti  
 Del orbe la bendición,  
 Del alma sabroso pan,  
 Borrachera de ilusión,  
 A cuya mágica acción  
 Es un Etna el corazón,  
 Es la cabeza un volcán!  
 ¿Y quién no honrará el poder,  
 Marqués de Auñón, de un licor  
 Que hasta hace alegre el dolor,  
 Que hace más vivo el placer,  
 Que da al brazo más vigor,  
 A la mente inmensidad,  
 A los ojos claridad,  
 Al corazón más amor,  
 Y alas á los mismos pies...  
 Tanto, que, como tú ves,  
 No echo á volar por un tris?...  
 ¡Marqués! ¡querido Marqués!  
 ¿Tendrá razón Cabanis?

CAMPOAMOR.

## VIAJE POR ESPAÑA. — BILBAO



Detalle del Puente Vizcaya (Portugaleta.)



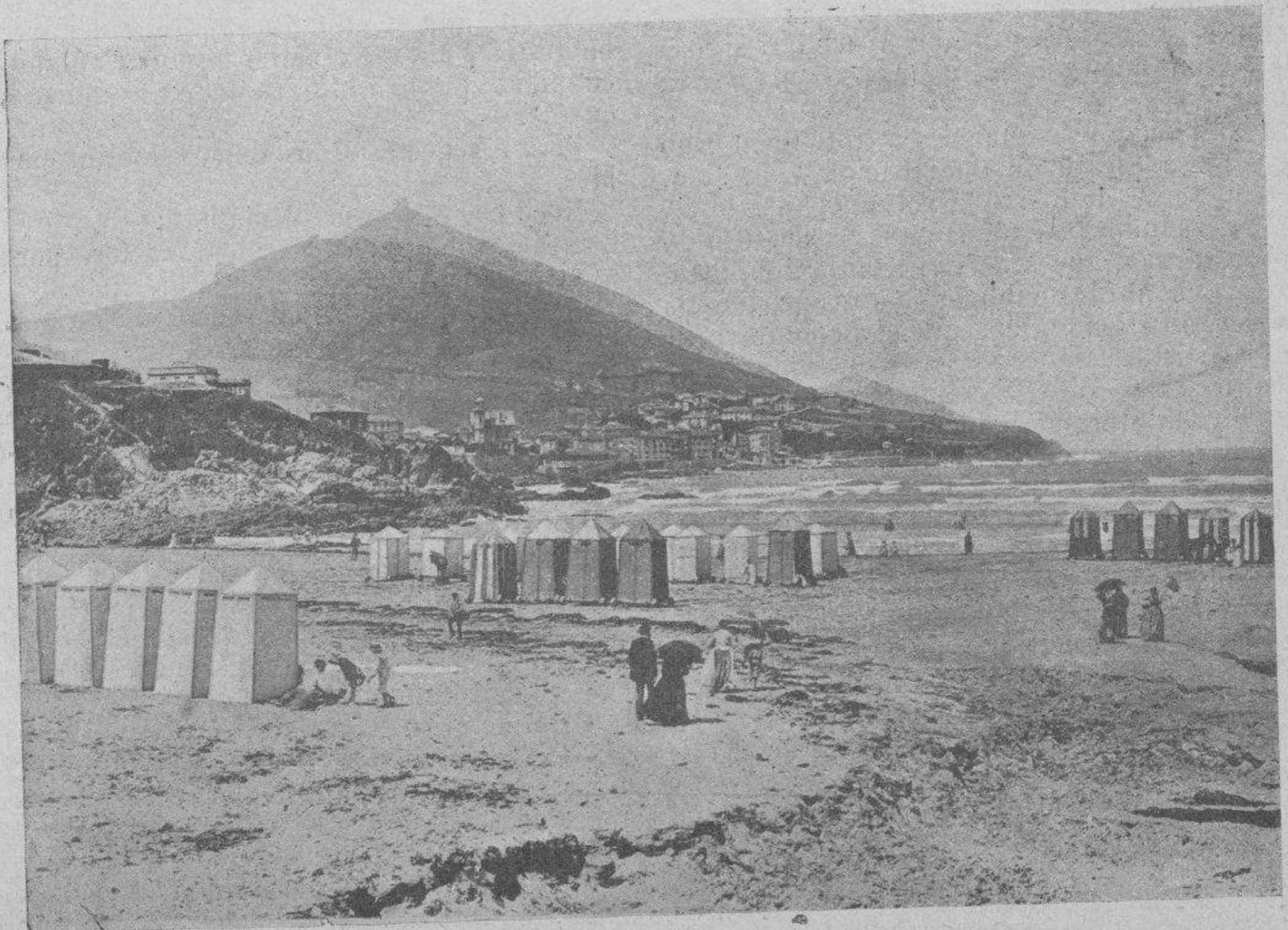
El Paseo del Arenal.

Fots. de Hauser y Menet.

VIAJE POR ESPAÑA. — BILBAO



La Gran Vía.



Fots. de Hauser y Menet.

La Playa de Portugalete y Santurce.

## FATAL CONTAGIO

Fernando Díaz de Mendoza no es ya una esperanza del arte, sino una halagüena realidad.

Dotado de un talento nada común, de un ardiente entusiasmo por el arte y de laudable perseverancia en el estudio, debió decir para sus adentros: «Yo llegaré á la meta».

Y con efecto, ha llegado.

Primogénito de la casa Balazote y poseedor de varios títulos nobiliarios, todos los pospone gustosísimo al de artista y se ufana llamándose primer actor del Teatro Español de Madrid.

Hace bien.

Nacer en alta cuna es siempre efecto de una casualidad, y cosa fácil y bastante vulgar.

Nacer con talento ya es otra cosa.

Esa condición envidiable está reservada á poquísimas personas.

Fernando es una de las agraciadas con el divino don.

Por eso ha vencido.

Pero ¡oh dolor! Su conducta ha sembrado un contagio fatal.

Cincuenta, ciento, mil personas han pensado lo siguiente:

«Voy á meterme á actor; con eso aseguro mi porvenir y me pongo á cubierto de fatales contingencias financieras. Debutó, gusto, me dan un gran sueldo y á vivir.»

Pero la mayoría de los que así piensan no cuentan con la huésped.

La huésped aquí es la inteligencia.

En el teatro, para llegar á ocupar dignamente un buen puesto, no basta con *querer*, hay que *poder*.

Y no puede más que el ser inteligente; no el hombre escaso de imaginación y de seso, aunque tenga de hierro la voluntad.

A Fernando Díaz de Mendoza ha seguido Luis Medrano, que será importante figura teatral, en cuanto los públicos, para conceder sus favores, no atiendan más que el modo de vestir de los artistas.

Si llega ese día (Dios quiera que no), Luis obtendrá la capitania general del arte.

¿Quiere esto decir que el amigo Medrano sea un mal actor?

De ninguna manera.

Tiene una especialidad en la que puede brillar y brillará siempre.

Los elegantes á la moderna, los hombres de alta sociedad, encontrarán en Luis Medrano un esmerado sin disputa.

En el Don Juan del *Hombre de mundo*, y en el Marqués de Falfán de los godos, de *La de San Quintín*, Luis oirá siempre aplausos.

¿Le sucederá lo mismo el día en que ciña una ropilla de Felipe IV y tenga que afeitarse?

Lo ignoro.

De todos modos, yo me atrevería á aconse-

jarle que no hiciera más obras que las modernísimas y aquellas cuya acción pasa en el reinado de Felipe III, porque unas y otras consienten la barba.

En la cabellera estaba la fuerza del célebre atleta de la antigüedad. Al cortársela una mano audaz y femenina, lo aniquiló.

¿Qué será de Luis el día que se afeite?

Y cuenta que Luis no es un hombre desprovisto de inteligencia.

La ha cultivado poco, pero la tiene; y no la ha cultivado, por desidia seguramente ó porque ha pasado la vida ocupado en... gastar dinero.

De todos modos, resulta un actor apreciable que se hará aplaudir con calor en la especialidad artística que está cultivando con gran aprovechamiento. ¡Bien por Luis! Mi aplauso.

Si al lado de un Díaz de Mendoza brotó un Medrano, — líneas no paralelas, pero que no se encontrarán jamás á pesar de correr en la misma dirección, — el ejemplo de Medrano, ha engendrado un sin número de *medranillos* de menor cuantía, que causan la desesperación de cuantas personas están en estado de poder conceder contratos teatrales.

Hay entre ellos personas apreciabilísimas, que sintiendo arder en su frente el sagrado fuego, quieren dejarlo todo por el teatro. Hacen bien, y alguno conozco yo que despierta todas mis simpatías y al que auguro en la escena triunfos envidiables y lisonjeros.

No cito aún su nombre, por no ofender su modestia y porque espero ocasión de aplaudirle cuando el público lo haya honrado con su *exequatur*.

Pero los demás... los demás son insoportables.

Hace pocos días me decía uno:

—Yo debo ser un excelente actor, porque si viera usted como domino la bicicleta.

—¿Pero, qué tiene que ver una cosa con la otra?

—Mucho; hace un mes me caía veinte veces por minuto, y ahora tengo una seguridad asombrosa. Si he aprendido á montar en tan poco tiempo, también aprenderé á decir versos en un mes ó mes y medio. Tengo la lengua muy expedita.

—Los versos, amigo mío, se dicen con el entendimiento, del cual la lengua es vil esclava, intérprete fiel; la lengua sin el entendimiento no sirve para maldita de Dios la cosa.

—¡Ba! ¡Infundios!

Otro me dijo:

—Vaya si tengo de artista. Mi padre fué íntimo amigo de Julián Romea y mi abuelo de don Pedro Mata.

—¿Sí, eh?

—Además, yo conozco á todos los actores de fama, me tuteo con ellos y me sé de memoria

más de cinco comedias. En fin, usted me ha visto hacer una recientemente, en casa del aficionado don...

Esto me lo decía en la estación del ferrocarril, donde me despedía con una corrección y una amabilidad que no olvidaré nunca. Como el tren iba á partir, yo estaba ya dentro del coche, asomado á una ventanilla.

El futuro actor se hallaba en el estribo.

—¡Oh! — siguió diciéndome. — Tengo la seguridad de vencer; yo vivo para el arte como poca gente. Mire usted como me visto y la manera que tengo de moverme. Con franqueza, ¿qué opina usted que me espera?

—Eso, — le contesté.

Acababa de silbar la locomotora y partía el tren majestuosamente.

RAFAEL M.<sup>a</sup> LIERN.



## PERLAS Y AVELLANAS

CUENTO ORIENTAL

Muley Hazem por el desierto cruza,  
rojas las nubes son, fuego la arena,  
y muerto de hambre y de fatiga el moro  
junto á una palma llega.

Restos de alguna caravana errante  
que por allí pasó, loco contempla,  
y algo que alivie el torcedor del hambre  
busca y no encuentra.

En torno gira los ardientes ojos,  
descubre un sacó, rápido lo observa,  
y creyéndolo lleno de avellanas  
á desafarlo empieza.

—¡Alá es grandel decía, y cuando el fruto  
que él esperaba, por el suelo rueda,  
exclamó con dolor:—¡No hay avellanas!  
¡sólo son perlas!

LUIS RIVERA.



## DE LA FISONOMÍA

Todo hombre, que tuviere el cabello ensortijado, negro y recio, dará más que hacer á los barberos; y el que criare piojos, se rascará á menudo la cabeza.

Todo hombre de frente chica y arrugada parecerá mono, y será ridículo para los que le vieren.

El que tuviere la frente ancha tendrá los ojos debajo de la frente, y vivirá todos los días de su vida; y esto es sin duda.

Quien tuviere nariz muy larga, tendrá más que sonar, y buen apodadero.

El de narices meniques y romas, llamadas nariquetas, que hay algunos que las tienen tan pequeñas, que apenas se las puede hallar en la cara el mal olor, son hombres, aunque parecen otra cosa; y en vida empiezan á hacer diligencias para calaveras. No son coléricos, porque por milagro se les sube el humo á las narices, como no se las halla.

Boca grande de oreja á oreja significa tarasca, ó alnafa, y mucha espuma sin freno. Y estos paran bien, porque no sólo no son desbocados, pero son bocatodos.

Boca pequeña y fruncida, que hace hocico de hurón, y parece oído, denota obscuridad en los dientes, y es como tener encías con saetera, en lugar de ventana.

Boca en almíbar, con humedad de balsa, que habla con perdigones, y razona con zumo, ondeada de jabonaduras, con la risa nadando en

salivas, más necesidad tiene de enjugador que de requiebro.

El que tiene manos muy grandes, tendrá grandes dedos, y diez uñas en entrambas: el que tuviere mucha mano, privará: el que muchas manos, será valiente; y por el contrario.

Ojos vivos no huelen mal, y relucen: los pequeños tienen niñas, y los grandes mozas.

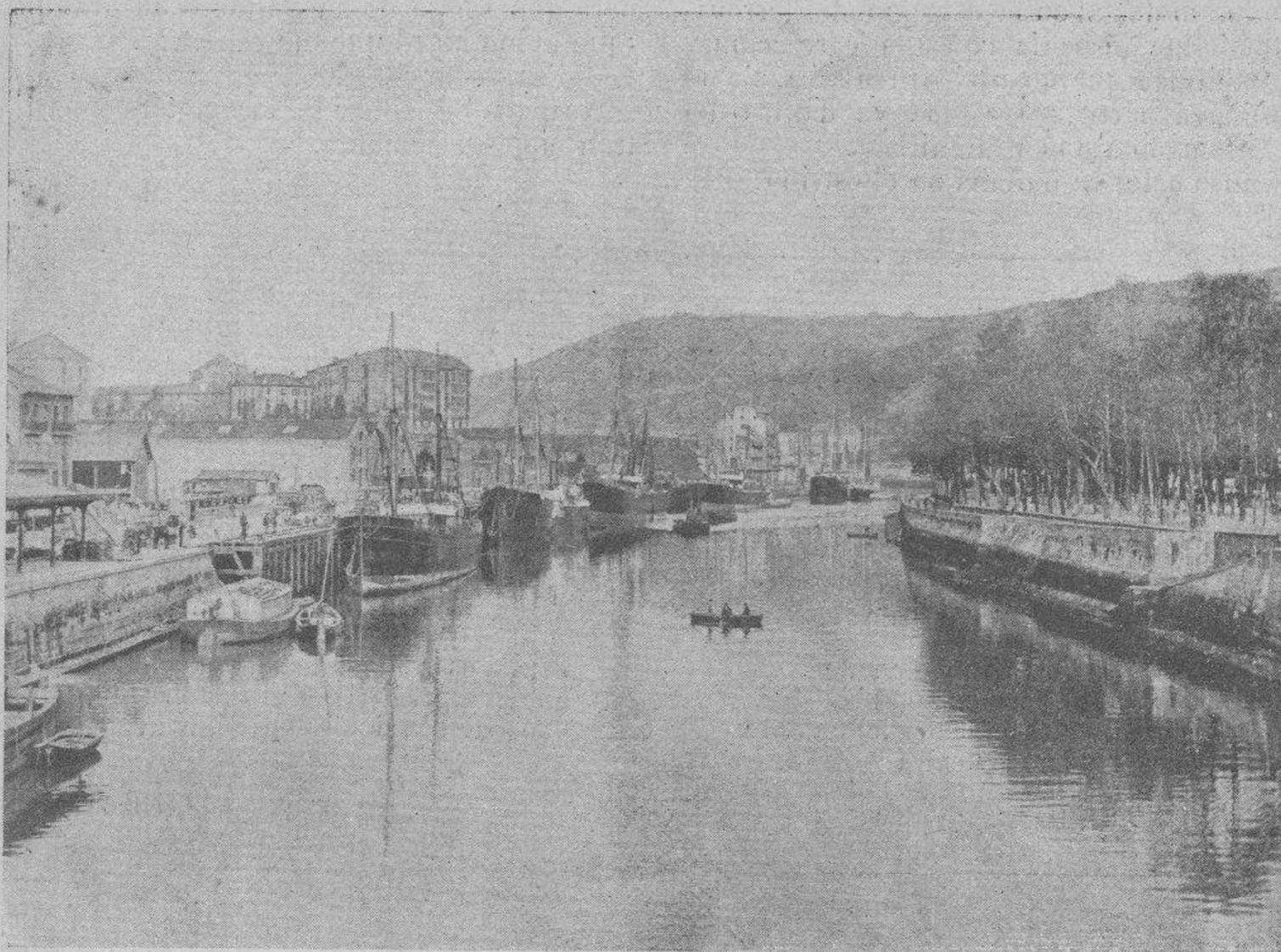
Ojos verdes y azules parecen pájaras, y no mujeres.

Ninguna mujer que tuviere buenos ojos, buena boca y buenas manos, puede ser hermosa, ni dejar de ser una fantasma; porque en preciándose de ojos, tanto los duerme, los arrulla, los mece, y los flecha, que no hay diablo que la pueda sufrir.

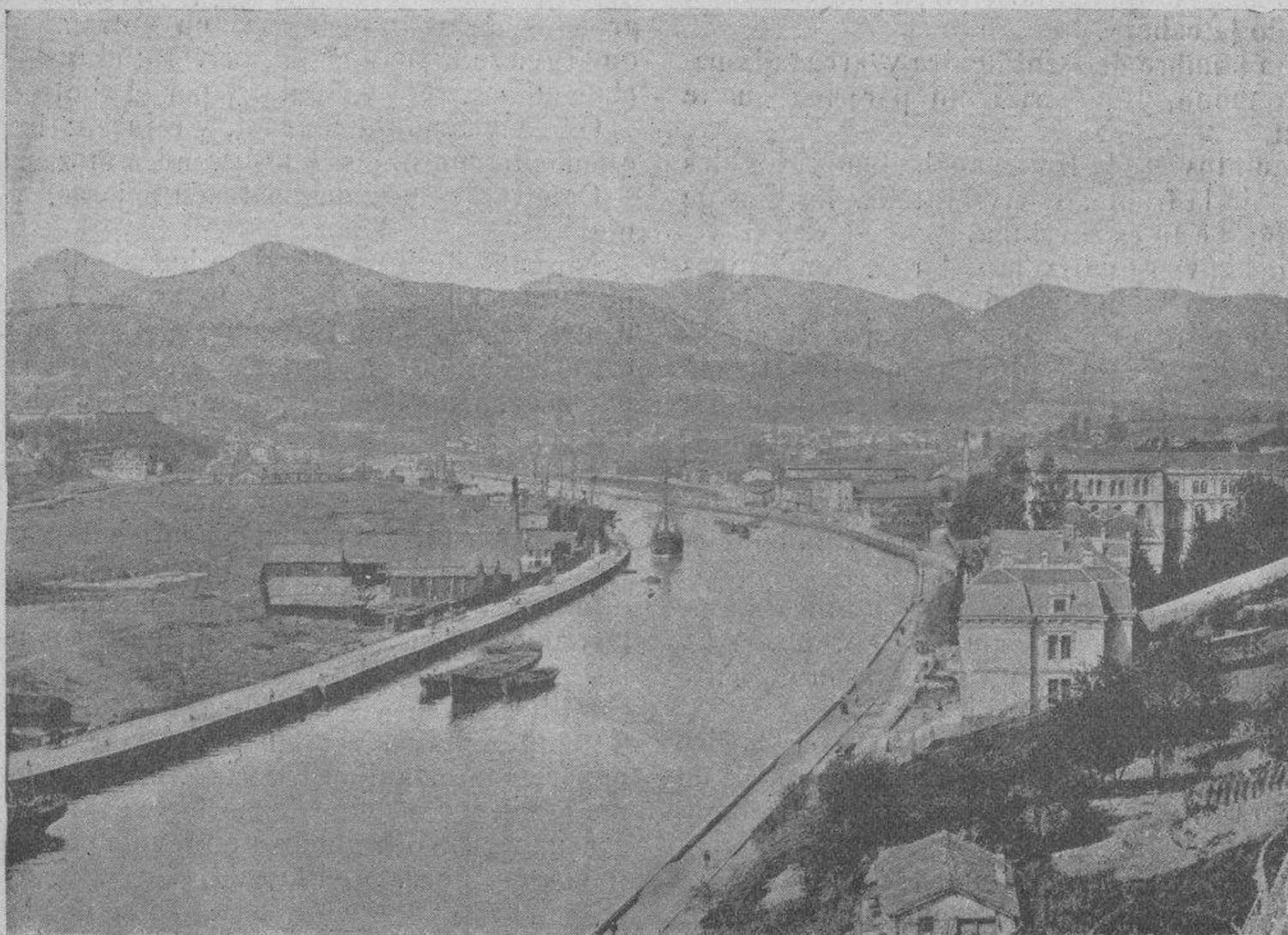
Si tiene buenas manos, tanto las esgrime y las galopea, por el tocado, tecleando de araña el pelo, y haciendo corbetas con los dedos por lo más fragoso del moño, que amohinará los difuntos. Pues considéramela de buenos dientes, arregazados los labios, con todas las muelas y dientes desenvainados, y en puribus los colmillos, muy preciada de regaño de mastín, á pique del alma condenada; y veréis cuanto mejor es un neguijón fruncido, unos ojos rez-mellados, y una mano de mortero, contenta con ser mano, sin introducirse en revoloteos, en sonajas, en pinzas y en taravilla de bullicios.

Mujer con cara podrida como olla, donde hay con hocico de puerco y carne de vaca, de todo

## VIAJE POR ESPAÑA. — BILBAO



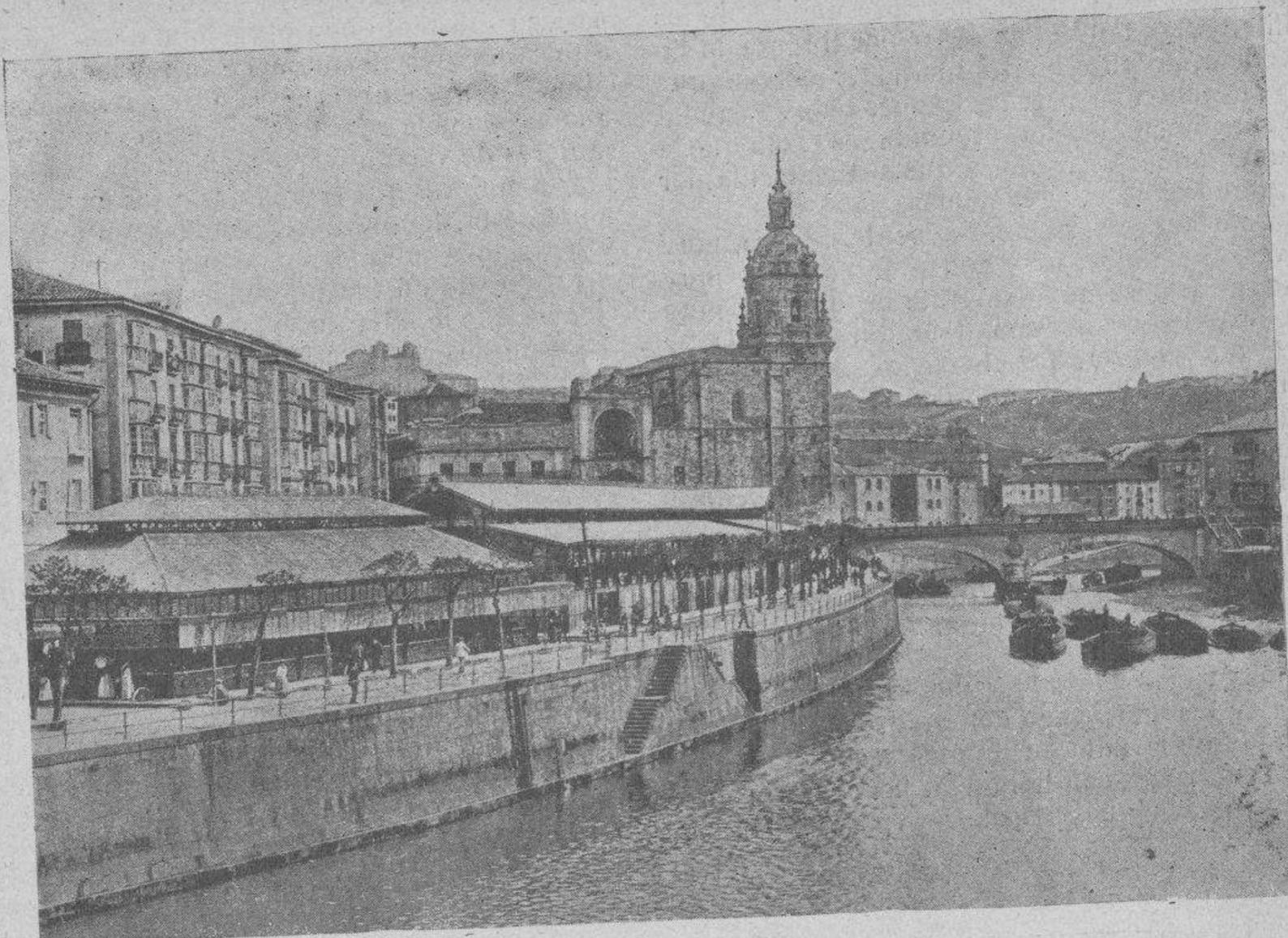
El Muelle de Rípa.



Fots. de Hauser y Menet.

El Nervión desde el Olimpo.

VIAJE POR ESPAÑA. — BILBAO



Mercado é Iglesia de San Antón.



Fots. de Hauser y Menet.

El Puente de Isabel II.

en la escarpela de facciones, más preciada de bien prendida que los que están en los calabozos: dama de la cárcel, muy presumida de los alfileres, pretendiendo pasar por lindeza lo bigarrado, de puro bien prendida, merece que no la suelten las pascuas; y pues todo su caudal es ser solamente bien prendida, es razón que la llamen doña Escariote, y que sea conocida por el prendimiento, como Judas.

Mujer tarasca, que delincuente de cara, muy revesada de ojos, muy gótica de narices, muy ética de labios, muy penitente de mejillas, muy obscura de encías, con dentadura de raja, y frete tan angosta, que el cabello sirve de cejas; si retrajere estas bellaquerías vivas en lo discreto, cuando pida, se le ha de dar audiencia, y no joya: tenga cátedra, no amante. Alábensele las cláusulas y las doctrinas, no el talle ni el rostro: tenga lugar en las librerías, y no en las voluntades. Y porque conviene que con ella se gaste muy poco tiempo, queremos que en las visitas, ya que no sea oída, ni vista, sea sólo oída, y la vista huída.

Unas viejas en duda, que se usan, que toman de los años como del vino, y andan diciendo que la falta de dientes es corrimiento, que las arrugas son herencia, las canas disgustos, y los achaques pegados; y por no parecer

huérfanas de la edad, llaman mal de madre el que es mal de abuela: decimos que se les dé para su sustento una plaza de dueñas, que con esto serán viejas, y no dejarán ser mozas á las niñas á puros chismes, y tendrán venganza, ya que no pueden remedio: y las graduamos de mujeres de vacínica, que pidan para las otras.

Las mujeres que tienen las cejas en arco, y no ballesta, tendrán dos pestañas en cada ojo, y serán bien miradas, si las miran bien.

En viendo un tuerto, puedes juzgar por esta ciencia que le falta un ojo.

Los bizcos son tuertos en duda, que no se sabe de que ojo lo son.

El hombre zurdo sabe poco, porque aun no sabe cual es su mano derecha; pues la una lo es en el lugar, y la otra en el oficio. Es gente de mala manera porque no hacen cosas á derechas.

Hombre corvado no le trates, y júzgale por mal inclinado, pues lo anda con la corcova.

Quien tuviere pequeño pie, ese sin duda calzará menos zapato, y tendrá menos zancajos que le roan los maldicientes.

Pie grande, que los gallegos llaman pata, si el que le tuviere dice riñendo, que meterá á otro en un zapato, lo podrá cumplir sin ser valiente.

FRANCISCO DE QUEVEDO.

## LA MODESTIA

Por las flores proclamado  
rey de una hermosa pradera,  
un clavel afortunado  
dió principio á su reinado  
al nacer la primavera.

Con majestad soberana  
llevaba y con noble brio  
el regio manto de grana,  
y sobre la frente ufana  
la corona de rocío.

Su comitiva de honor  
mandaba, por ser costumbre,  
el céfiro volador,  
y había en su servidumbre  
hierbas y malvas de olor.

Su voluntad poderosa,  
porque también era uso,  
quiso una flor por esposa;  
y regiamente dispuso  
elegir la más hermosa.

Como era costumbre y ley,  
y porque causa delicia  
en la numerosa grey,  
pronto corrió la noticia  
por los estados del rey.

Y en revuelta actividad  
cada flor abre el arcano  
de su fecunda beldad,  
por prender la voluntad  
del hermoso soberano.

Y hasta las menos apuestas  
engalanarse se vían

con harta envidia, dispuestas  
á ver las solemnes fiestas  
que celebrarse debían.

Lujosa la corte brilla:  
el rey admirado duda,  
cuando ocultarse sencilla  
vió una tierna florecilla  
entre la hierba menuda.

Y por si el regio esplendor  
de su corona le inquieta,  
pregúntale con amor:

—«¿Cómo te llamas?»—«Violeta.»

—«¿Y te ocultas cuidadosa  
y no luces tus colores,  
violeta dulce y melosa,  
hoy que entre todas las flores  
va el rey á elegir esposa?»

Siempre temblando la flor,  
aunque llena de placer,  
suspiró y dijo:—«Señor,  
yo no puedo merecer  
tan distinguido favor.»

El rey, suspenso, la mira  
y se inclina dulcemente;  
tanta modestia le admira;  
su blanda esencia respira,  
y dice alzando la frente:

— «Me depara mi ventura  
esposa noble y apuesta;  
sepa, si alguno murmura,  
que la mejor hermosura,  
es la hermosura modesta.»

Dijo y el aura afanosa  
publicó en forma de ley,  
con voz dulce y melodiosa,  
que la violeta es la esposa  
elegida por el rey.

Hubo magníficas fiestas;  
ambos esposos se dieron  
pruebas de amor manifiestas;  
y en aquel reinado fueron  
todas las flores modestas.

JOSÉ SELGAS.

## PADRE É HIJO

El Emperador quería tomar á Ratisbona.

Sus generales, antes del asalto, pasaban revista á sus tropas. Uno de ellos, creado barón del Imperio en Eckmuhl, era un joven de unos treinta años, afable en el vivaque, severo en la marcha, bueno con sus soldados. Llamábanle Duclós, ó mejor aún, el barón Duclós. Examinó desde luego á sus granaderos, antiguos veteranos que habían visto las grandes jornadas de Arcola, Rívoli, Castiglione, las Pirámides, Austerlitz! Cuando llegó frente á las líneas, el general saludó al Aguila, y abrió sus filas. Y Duclós avanzó, en tanto, seguido de su estado mayor.

Así pasó su revista á la primera fila.

El general conocía á todos sus hombres; contaban de treinta á cincuenta años y los generales se batían para tener á sus órdenes á aquellos viejos que hacía veinte años esperaban la cruz y tuteaban al Emperador.

—A ti te vi en Mont-Thabor, — dijo Duclós.

—Sí, mi general, era usted capitán.

—Y tú, furriel en Austerlitz.

A veces, Duclós enderezaba una gorra de pelo. En mitad de la cuarta fila, detúvose en frente de un hombre, é inmóvil, le contempló...

El hombre era viejo. El general, indiferente, contó los botones, manejó las armas, miró al soldado de pies á cabeza:

—¡Poca limpieza!... — dijo.

Y con el dedo indicó en la cartuchera una mancha de barro.

—¿Por qué no te conformas con la Ordenanza? ¿Tienes la honra de ser legionario y te presentas con barro?

Palideció el hombre; abrió la boca para hablar; sus manos temblaban. Pero Duclós, continuando la revista, estaba ya lejos.

\* \*

Dió el tambor la señal de ataque. Las escalas llevadas para asaltar la villa yacían en tierra. Habiendo pedido Lannes 50 hombres para plantar estas escalas, presentáronse 500. Mas, apenas salidos de la granja que les guareciera, los 50 primeros fueron 50 cadáveres. Otros 50 cogieron las escalas y corrieron á los muros. La metralla los barrió.

Moraud volvió la cabeza:

—¡Duclós, — exclamó, — llamad á los de Austerlitz!

—¡Soldados de Hoenlinden, de Iena! ¡Granaderos de Eylau y de Friedland! ¿permaneceréis inmóviles ante el enemigo? ¡Sois franceses, el Emperador os contempla, y es preciso tomar esa plaza!

Ninguno de los regimientos se movió: sólo un granadero salió de las filas.

Duclós palideció.

—¿Nadie seguirá este valiente? — dijo.

No le quedó tiempo para proseguir. Los regimientos lanzáronse impetuosos.

—¡Adelante! — gritó Duclós.

El viejo granadero disparaba ya su fusil en la cresta de las murallas. Comenzó la danza entonces, y á las tres horas, los cañones austriacos enmudecieron; la plaza estaba tomada.

—General, — dijo el Emperador á Duclós, — formad el cuadro. ¿Cuál es vuestro efectivo?

—Unos quinientos hombres; mis soldados son los que más han sufrido.

Napoleón dijo en voz baja algunas palabras al general.

\* \*

Las tropas habían presentado las armas, siguiéndose un solemne silencio. Allí estaban los que el general había revistado por la mañana, no ya brillantes como en la parada, sino sudorosos, ensangrentados, heroicamente bellos. Paseó su mirada de escuadrón á escuadrón, y de improviso; la espada en alto, habiendo encontrado sin duda lo que buscaba:

—¡En nombre del Emperador! — gritó el general. — ¡Avance el soldado que ha subido primero á la muralla!

Salió un hombre de las filas, y se aproximó. Era el mismo que sufriera un reproche de Duclós. Tímido, andaba inclinada la cabeza, molestado por una herida en la frente, cuya sangre obscurecía sus ojos, lo cual le obligaba á enjugarla continuamente con la mano izquierda. Llegado al centro del cuadro, presentó armas, y el barón Duclós, pálido, ordenó:

—¡Batir tambores!

Treinta cajas repercutieron á la vez un solo golpe. El soldado se estremeció ebrio de felicidad.

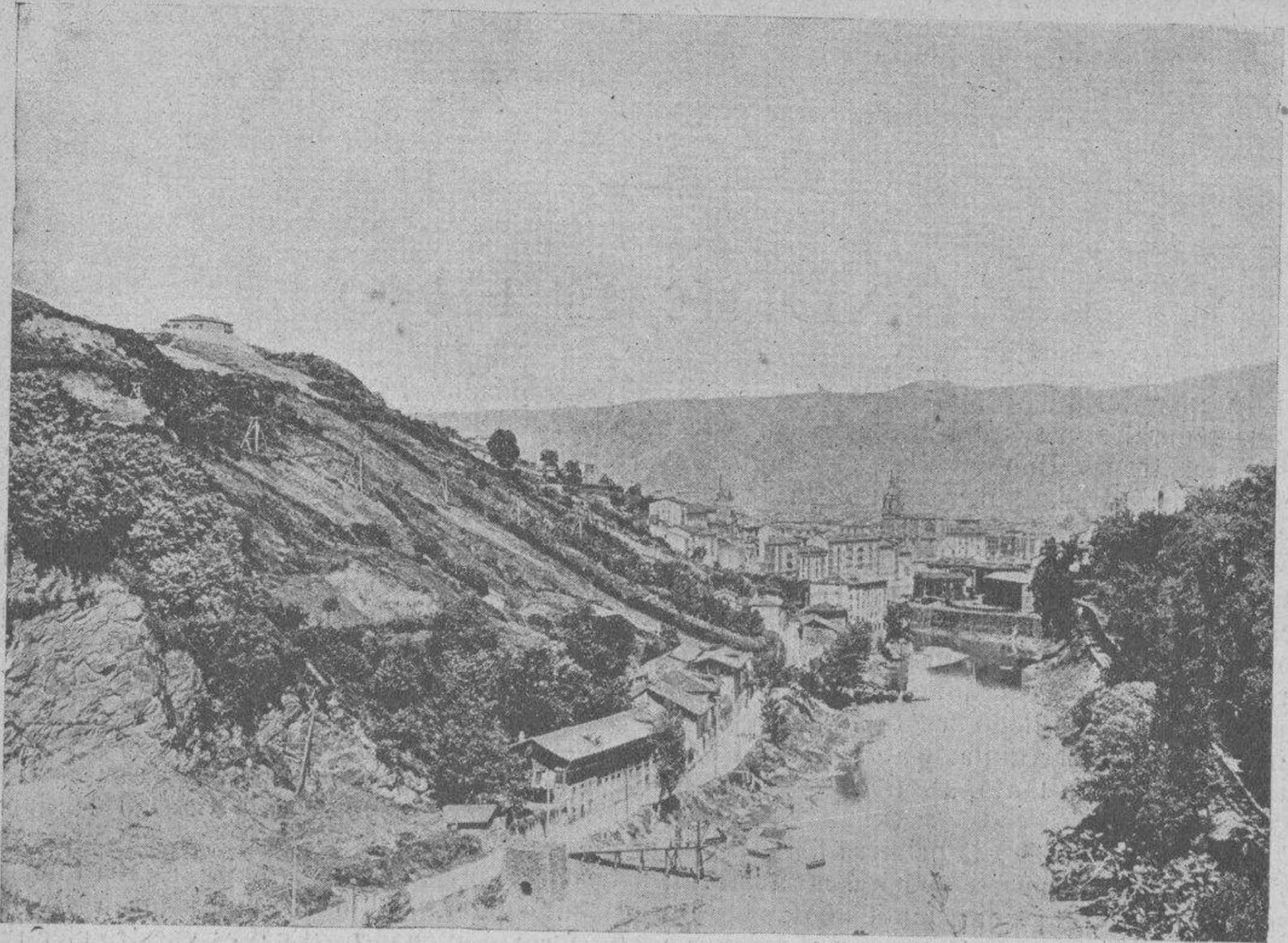
—¿Estuviste en Egipto? — preguntó el Emperador.

—Sí, señor.

—¿Y tu cruz?

—Ganada en Lodi.

## VIAJE POR ESPAÑA. — BILBAO



Vista cerca del Depósito de Agua.



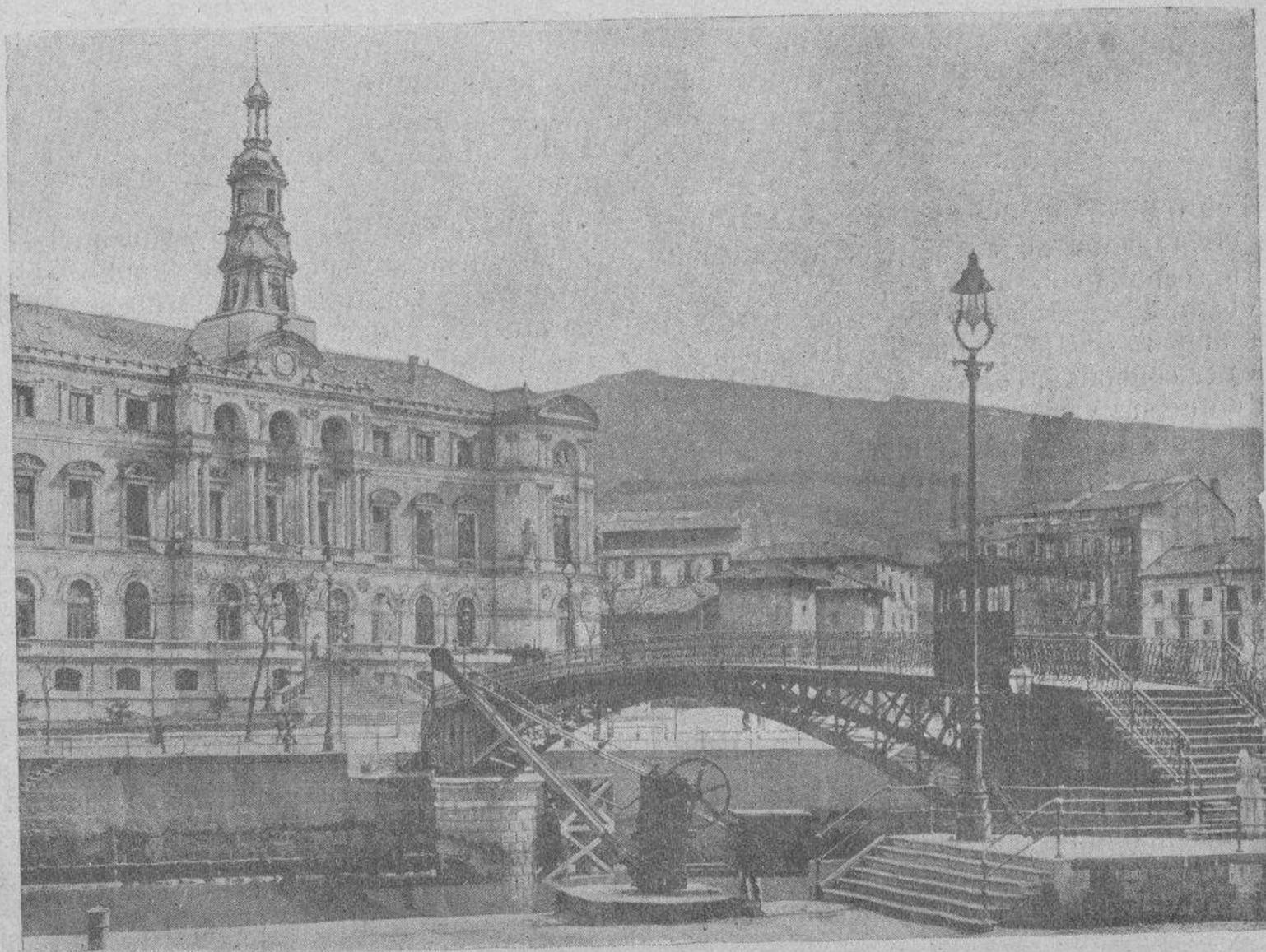
Puente de la Merced.

Fots. de Hauser y Menet.

VIAJE POR ESPAÑA. — BILBAO



El Puente del Arenal.



Fots. de Hauser y Menet.

Puente de San Agustín y Ayuntamiento.

—Bien, — repuso el Emperador. — Cumplid, Duclós.

El general se aproximó á las tropas, y con su voz de batalla, gritó:

—¡Granaderos y tambores! desde hoy reconoceréis como cabo de escuadra al soldado Miguel Duclós, llegado el primero á Ratisbona y herido en la frente, y le obedeceréis en todo cuanto os mande en bien del servicio y ejecución de los reglamentos militares. ¡Redoblar tambores!

Después se apeó, abrazó al granadero, y se vió llorar á los dos.

—Barón, — preguntó el Emperador, — ¿por qué ese valiente era simple granadero?

—Lo ignoro, señor. Sin embargo, había tomado su retiro desde la campaña de Italia. Yo le aconsejé el reenganche. Puede herirme una bala, y al menos, le tendré á mi lado...

—¿Le conociais ya?

—Es mi padre.

PEDRO BONNEFONT.

## EL SECRETO

«Yo no quiero morirme»  
dice la niña,  
tendiendo hacia su madre  
las manecitas  
calenturientas,  
cual dos blancos jazmines  
que el viento seca.

Un silencio de muerte  
la madre guarda:  
¡ay! si hablara vertiera  
mares de lágrimas!  
Besa á su hija,  
y aun la fingen sus labios  
una sonrisa.

Del cuello de la madre  
la hija se cuelga,  
y pegada á su oído,  
pálida y trémula,

con sordo acento  
dicela horrorizada:  
—«Oye un secreto.

»¿Sabes por qué á morirme  
»le temo tanto?  
»Porque luego me llevan  
»toda de blanco  
»al cementerio...  
»¡y de verme allí sola  
»va á darme miedo!»

—»Hija de mis entrañas,  
»grita la madre,  
»Dios querrá que me vivas ..  
»y aunque te mate,  
»descuida, hermosa,  
»que tú en el cementerio  
»no estarás sola!»

PEDRO A. ALARCÓN.

## ¡ARREPENTIMIENTO!

¡Pobre Magdalena! ¡Cuántas y cuántas torturas embargaban su alma! ¡Qué lucha más terrible sostenía con su conciencia!

Abandonada, sola, despreciada, triste, sin más amparo que la piedad de las personas á quienes conociera, con su llanto y sin más consuelo que sus vagas esperanzas.

Ella, que había sido siempre el paño de lágrimas de su anciano padre; ella, que le había cuidado enfermo, que había alimentado sus mismos sentimientos, que le idolatraba y respetaba como á Dios, se veía por él despreciada y maldecida. ¿Y todo, por qué? El pobre anciano despreciábala con justicia. El que con solicitud extremada é inusitado amor que se había sacrificado por agasajarla y complacerla, el que con sus consejos amorosos y sinceros procuraba desterrar de su alma los malos instintos, el que había velado por su existencia con entrañable fe y había cifrado en ella sus más vehementes apasionamientos, vióla con horror un día abandonarle para huir en brazos de un amante y sus apetitos impuros. ¡Ah!,

¡cuánto se acentuaron desde aquella fecha los dolores físicos y morales del pobre enfermo! ¡Qué lucha más terrible sostenía en su lecho de muerte, y que las lágrimas arrancaban á sus ojos los pensamientos de su deshonor y los recuerdos de su alma!

Magdalena le había abandonado, sí; había huído en brazos de un hombre, quien después de manchar su pureza y robarle su virginidad, tras algunos días de placeres y orgías, la había abandonado también riéndose de su deshonor y maltratándola cobardemente.

Desde entonces, ella, á solas con la voz de su conciencia, no pensaba alcanzar más bienandanza que la absolución de su padre, del pobre enfermo que la acusaba y maldecía. Esta idea, en medio de sus remordimientos y penalidades, se acentuaba diariamente, pero avergonzada de sí misma le faltaban fuerzas y valor para llegar al lecho de su anciano padre y pedirle perdón para sus culpas con lágrimas en los ojos y arrepentimiento en el alma.

Pero en tanto Magdalena batallaba con las

negruras de su mente y luchaba indecisa ante la idea del perdón, su pobre padre, solo y triste, exhalaba su último suspiro de agonía sin hallar unos brazos que le acogieran con ternura.

Magdalena, soñando aún con alcanzar el perdón paterno y después de muchas vacilaciones, sin presagiar el terrible desenlace de la enfermedad del anciano, dirigióse á su hogar con paso incierto y el pecho lleno de esperanzas.

Abrió la portezuela de la estancia, dirigióse al lecho, y al tocar el frío rostro de su padre, al verle inanimado, muerto, enloquecida y delirante creyó ver que aquellos labios se entreabrían para decirla entre sollozos: «¡Te maldigo, infame!»

Magdalena exhaló un ¡ay! terrible; y fuera de sí, con los ojos salidos de sus órbitas, cayó presa de un accidente á los pies del lecho gritando convulsa: «¡Padre, perdóname!»

GUILLERMO SÁNCHEZ GÓMEZ.

## EPIGRAMAS

¿Veis esa repugnante criatura,  
Chato, pelón, sin dientes, estevado  
Gangoso, y sucio, y tuerto, y jorobado?  
Pues lo mejor que tiene es la figura.

—  
Si al decorar tus salones,  
Fanio, á Mercurio prefieres,  
Tienes á fe mil razones;  
Que es Dios de los mercaderes,  
Y también de los ladrones.

—  
Pobre Geroncio, á mi ver  
Tu locura es singular;  
¿Quién te mete á censurar  
Lo que no sabes leer?

—  
En un cartelón leí,  
Que tu obrilla baladí  
La vende Navamorcuende...

No ha de decir que la vende,  
Sino que la tiene allí.

—  
—Cayó á silbidos mi *Filomena*.  
—Solemne tunda llevaste ayer.  
—Cuando se imprima verán que es buena.  
—¿Y qué cristiano la ha de leer?

—  
Tu crítica majadera  
De los dramas que escribí,  
Pedancio, poco me altera;  
Más pesadumbre tuviera  
Si te gustaran á ti.

—  
Pedancio, á los botarates  
Que te ayudan en tus obras  
No los mimes ni los trates;  
Tú te bastas y te sobras  
Para escribir disparates.

LEANDRO FERNÁNDEZ MORATÍN.

## MISCELANEA

Con el título de *Guía oficial del servicio diario de la Administración principal de Correos de Barcelona*, hemos recibido un elegante tomito que recomendamos eficazmente á nuestros lectores.

Con esta *Guía*, que se publica todos los meses, se está al corriente de cuantas disposiciones se dicten por la Dirección general de Correos y por la oficina de Barcelona.

Da á conocer mensualmente, de un modo claro, exacto y oficial, el servicio diario que presta la Administración principal de Correos de Barcelona, expresando los que salen y su vía más rápida, á fin de que todos puedan tener á la vista y sin molestias, cómo, cuándo y por dónde pueden expedir su correspondencia para todas partes, especialmente para la América Central y del Sur, principal mercado de Cataluña.

Se vende al precio de 75 céntimos y á dos reales por suscripción.

Redacción y administración: Plaza del Buen-suceso, núm. 1, 2.º, 3.º

Cuidadosamente editada, se ha puesto á la venta la interesante novela de Roberto Luis Stevenson, titulada *El Dinamitero*, que dió como folletín el *Heraldo de Madrid*.

Se vende á 6 reales, en el kiosco núm. 3 de la Rambla del Centro, frente á la Plaza Real.

\*  
\*  
\*

En una tertulia:

—Lo que es yo, — dice un caballerito, — si me caso algún día y me molesta mi suegra, la hago mil pedazos.

—¿De veras? — le murmura al oído un banquero que está harto de su mujer.

—Sí, señor.

—Pues... ¿quiere usted aceptar la mano de mi hija?

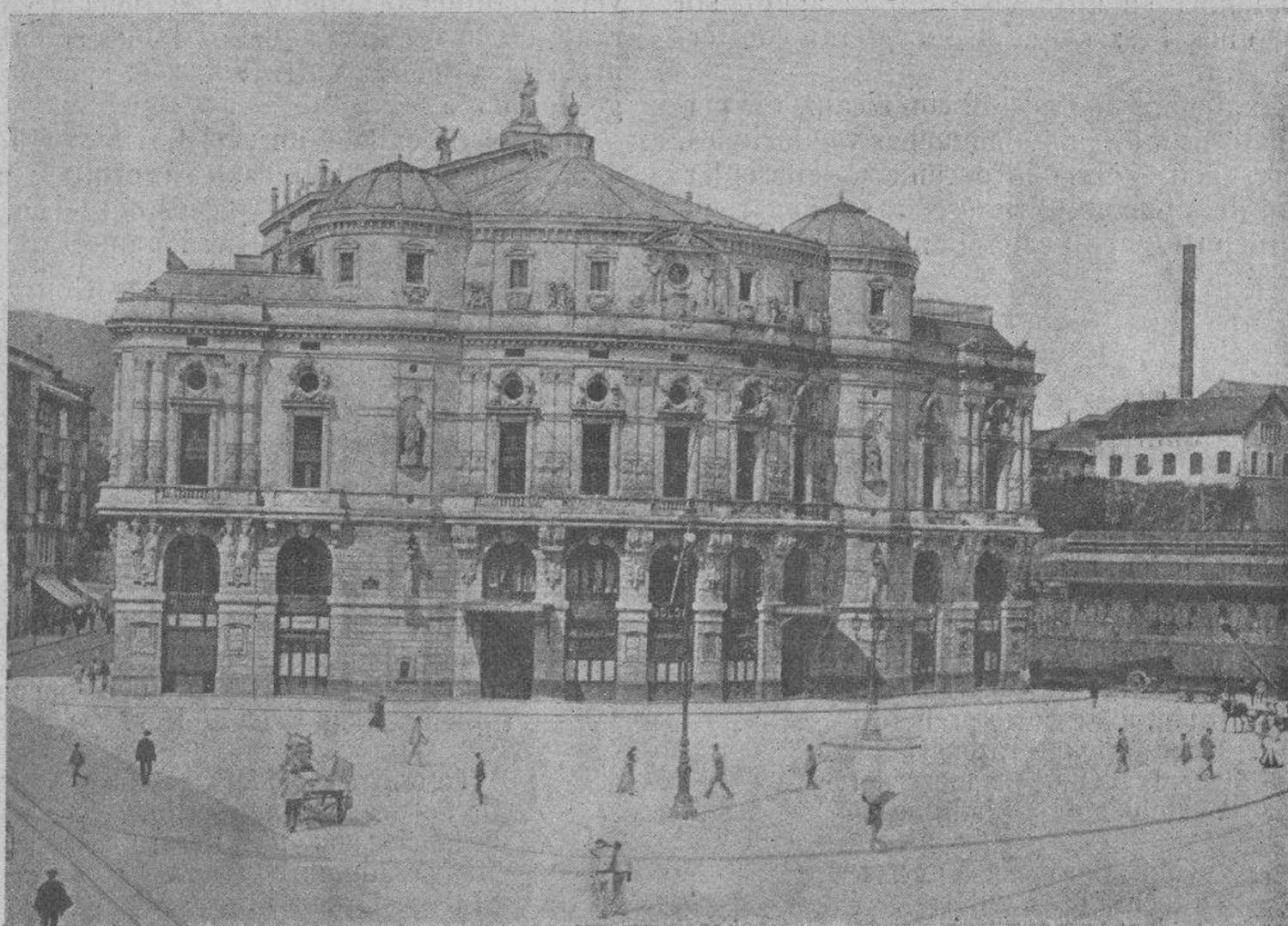
\*  
\*  
\*

En un café:

—¿Cómo no hay nadie que hable mal de González?

—Por una razón muy sencilla: porque no tiene amigos.

VIAJE POR ESPAÑA. — BILBAO



El Teatro.

Fot. de Hauser y Menet.

## ♦♦ GRANDES REFORMAS ♦♦

Agradecidos al creciente favor que el público nos dispensa y deseosos de corresponder de algún modo á nuestros constantes lectores, hemos decidido introducir en nuestra publicación

### IMPORTANTES REFORMAS

que realizaremos MUY EN BREVE. Consistirán estas en dar EL NÚMERO COSIDO Y CORTADO, añadiéndole unas ELEGANTES CUBIERTAS con magnífico fotograbado directo; AUMENTO DE ILUSTRACIONES intercaladas en el texto, con la pulcritud y esmero de que venimos dando muestra hace tiempo y que tanta aceptación obtienen; ARTÍCULOS ILUSTRADOS; CRÓNICA CON MONOS y otra infinidad de mejoras que muy pronto podrán apreciar nuestros lectores.

Apesar del aumento de gastos que dichas reformas han de reportarnos, NO SUFRIRÁ ALTERACIÓN EL PRECIO, que seguirá siendo el de *quince céntimos* en toda España.

LA SAETA se complace en anticipar al público estas modificaciones y mejoras, que, sin reparar en sacrificios, hace en obsequio de sus favorecedores, y que han de colocarla á la altura del gusto moderno y de los adelantos de las artes gráficas.